

La infanticida

Los mató el mismo día que le quitaron la patria potestad. Los servicios sociales les habían concedido tiempo hasta la mañana siguiente para que se despidieran en la intimidad y le instaron a la madre que preparase el equipaje más necesario: unas bolsas de ropa, material escolar, la pelota del mayor, la caja con la colección de cromos del mediano y Mister Bunni, un enorme conejo de trapo con orejas muy largas sin el cual la pequeña no podía dormir. Todo lo demás - le dijeron - se cogería más adelante con calma y sosiego.

No hizo el equipaje. Preparó macarrones con salsa de queso para sus hijos, el plato favorito de todos. Luego los bañó como tantas veces. Montó espuma para que se divirtiesen. Tenían un barco y un pato amarillo, así como frascos vacíos de champú que sirvieron de juguetes. Ahogó primero el mayor valiéndose de un efecto sorpresa ya que él hubiera tenido más posibilidades de defenderse o de salir escapando. Al segundo no le dio tiempo ni de salir de su estupor. Creyó que Mamá estaba jugando. Pero cuando ella sumergió su cabeza bajo la espuma, la pequeña se dio cuenta de que algo horrible estaba pasando. Se puso de pie - desnuda y mojada - y empezó a chillar tan fuerte como sus pulmones le permitieron.

Una vecina la oyó y avisó a la policía. Pero cuando los agentes llegaron solo encontraron silencio. Echaron la puerta abajo y descubrieron a la madre arrodillada frente a la bañera, la cabeza ladeada en el bordillo y su rostro escondido entre una melena mojada. Dejaba colgar sus brazos con las venas cortadas al agua y parecía que trataba de sujetar los cuerpos de sus pequeños. Ya había perdido mucha sangre, pero todavía estaba consciente. Repetía una y otra vez que lo había hecho por amor.